

# IGLESIA Y TRANSICIÓN: NOTAS PARA UN MARCO INTERPRETATIVO

Claudio Rammsy

Raúl Rosales

Investigadores del Centro Ecuaménico

Diego de Medellín

Durante el período dictatorial la Iglesia Católica emergió como un actor político nacional: la defensa de la vida, la rearticulación social y el apoyo a la demanda democrática, llevaron a la Iglesia a ser un factor político de oposición al régimen militar. Este rol político trascendente y la alta credibilidad que tiene en la sociedad permiten pensar que su acción en la transición será de enorme gravitación.

El complejo proceso de transición a la democracia en Chile, obliga a pensar en un actor de reconocida gravitación política: la Iglesia Católica. Cualquier analista del proceso político chileno, necesariamente tendrá que preguntarse sobre el futuro comportamiento de este actor, tan relevante en nuestro país. El objetivo de estas notas es aportar a un marco interpretativo de la acción política futura de este actor en el nuevo escenario. Nuestra mirada a la Iglesia de cara a la transición privilegia sólo su ángulo estrictamente político, en cuanto actor nacional. Estamos muy conscientes que esta perspectiva *no agota* el carácter y el quehacer de la Iglesia. Además, nuestro análisis considera a la Iglesia como un actor complejo y diferenciado, que está conformado tanto por la jerarquía (Iglesia institucional) como por comunidades y agentes pastorales (Iglesia de base).

Hemos ordenado estas notas en torno a cuatro temas centrales, que enseguida esbozamos. En primer lugar, desarrollamos un análisis interpretativo de lo que ha sido la participación de la Iglesia Católica en la historia política reciente del país. En segundo lugar, intentamos analizar los cambios de orientación que están ocurriendo en su interior y cómo estos repercutirán en su futuro rol en la sociedad democrática. Luego, nos detendremos en el papel que el cristianismo de base pueda desempeñar en el proceso de democratización. Terminamos estas notas refiriéndonos a los desafíos que, en nuestra opinión, deberá enfrentar la Iglesia en la transición.

Las notas que siguen son deudoras de una reflexión más amplia, realizada en el marco de un seminario entre teólogos y científicos sociales, precisamente sobre el tema "Iglesia y Transición en Chile", realizados entre abril y julio de 1988.\*

\*El Seminario fue organizado por el programa "Iglesia, Política y Cambio Social" del Centro Ecuaménico Diego de Medellín. Actualmente está en preparación la edición de las ponencias y debates.

## 1. EL APOORTE DE LA IGLESIA EN LA CONQUISTA DE LA DEMOCRACIA

Durante los 16 años de dictadura la Iglesia en su conjunto ha jugado un importante rol en la recuperación democrática. En este sentido, podemos afirmar que el proceso de transición no habría tenido el mismo carácter ni el mismo ritmo, sin el aporte de las iglesias, en particular de la Iglesia Católica.

Durante este período la Iglesia Católica y en menor medida las iglesias evangélicas se transformaron en un factor clave de la democracia y los cambios. Sin duda que las brutales secuelas de los atropellos, la miseria y la falta de libertad que trajo consigo la dictadura, posibilitó el que las iglesias desplegaran virtualidades inmensamente positivas.

Esto no tiene precedentes en la historia política del país. Nunca antes la Iglesia Católica se había jugado de un modo tan claro por un proceso de cambio político como en los últimos 16 años. En el pasado y hasta los años '60, jugó un rol bastante conservador frente al desarrollo político nacional. Su postura defensiva estaba condicionada por su empeño en detener los impulsos laicistas y liberales que buscaban disminuir su influencia en el Estado.

A partir de los años '60, y al calor de los aires renovadores que inundaron la Iglesia universal, la Iglesia Católica chilena legitimó y alentó el proceso de reformas sociales que buscaban superar el subdesarrollo y la pobreza. Sin embargo, el papel que jugó en esos años, no tuvo la misma importancia y centralidad que el que debió ejercer durante la dictadura militar.

En estos 16 años la acción de la Iglesia llegó a adquirir tal relevancia que la convirtió en un actor obligado de todas las iniciativas políticas que aspiraran a tener éxito.

El aporte de la Iglesia a la recuperación democrática se ha dado principalmente en tres ámbitos: La defensa de la vida, la rearticulación social y el apoyo a la demanda democrática.

### *a) Defensa de la vida*

Después del golpe, el primer esfuerzo conjunto que debieron desplegar las iglesias cristianas, encabezado por la Iglesia Católica, estuvo relacionado con la protección y defensa de las víctimas de los graves atropellos a la vida. A través de diversos medios y utilizando el fuero eclesiástico, ellas salvaron la vida de muchas personas, prestaron apoyo jurídico y moral y canalizaron las múltiples denuncias sobre violaciones a los derechos humanos.

La jerarquía de la Iglesia debió levantar continuamente su voz para denunciar estos atropellos y exigir su término. Asimismo, realizó numerosas gestiones "privadas" y ejerció toda su influencia en personas del régimen en favor de detenidos y exiliados o para recabar información sobre determinadas personas.

Esta acción de las iglesias posibilitó la gestación de un enorme movimiento en favor de los derechos humanos. De este modo se fueron creando diversas organizaciones de derechos humanos, primero bajo el alero eclesial y después con mayor autonomía.

A nivel de la Iglesia de base, el compromiso cristiano de defensa de la vida,

se hizo mucho más radical por la cercanía y contacto de muchas comunidades y agentes pastorales con el sufrimiento de los sectores sociales más golpeados. Esto llevó a muchos cristianos a participar activamente en movimientos contra la tortura y la impunidad.

De este modo, en forma gradual se logró que los derechos de la persona humana fueron adquiriendo así el estatuto de un valor fundamental en la opinión pública del país. Ellos pasaron a constituir la base de la demanda democrática opositora.

#### *b) Rearticulación social*

Todas las fuerzas políticas y movimientos sociales reconocen que la Iglesia a través de sus organismos pastorales (territoriales o ambientales) ha favorecido la rearticulación del tejido social, en especial la de los sectores populares.

Ante las graves secuelas de la política económica del régimen, la Iglesia organizó una vasta red de apoyo solidario en poblaciones y sectores periféricos de las grandes ciudades. Esta red de apoyo jugó un papel clave en el impulso a las dinámicas de participación social y concientización de pobladores, estudiantes, jóvenes, mujeres y trabajadores.

La mayor parte de las organizaciones económicas populares, centros culturales y comités de derechos humanos, nacieron fruto de la acción social de la Iglesia. En muchas ocasiones sus locales sirvieron de espacio para la articulación de coordinaciones sectoriales y para la incipiente tarea de rearticulación política.

Poco a poco, a medida que se fue produciendo la reactivación política en el país, las organizaciones sociales empezaron a independizarse de la Iglesia. Esto permitió aliviar las tensiones y resistencias de sectores más conservadores ante la presencia de los grupos sociales al interior de las comunidades.

En el nivel académico e intelectual, la Iglesia realizó también importantes esfuerzos por apoyar la labor de investigación y formación socio-política alternativa, a través del patrocinio de numerosos proyectos (en especial la Academia de Humanismo Cristiano). De estos centros académicos no oficiales surgirán tanto los análisis críticos de las políticas del gobierno militar, como los elementos básicos de la propuesta democrática de desarrollo.

A nivel político, la Iglesia mantuvo discretos contactos con las cúpulas de los partidos políticos opositores, para conocer la visión y estrategias de estos frente a la situación política del país.

#### *c) Respaldo a la demanda democrática*

Los obispos chilenos, a través de numerosas declaraciones, tanto colectivas como individuales, han realizado un constante llamado a la recuperación del régimen democrático. Ante la grave crisis moral producto de las hondas heridas sociales que ha provocado la acción del gobierno militar, los obispos recuerdan continuamente la necesidad y urgencia de reconstruir el sistema democrático. De esta forma, la Iglesia legitimó moralmente la demanda democrática de los sectores opositores.

Sin embargo, la jerarquía católica no se quedó sólo en los discursos;



participó activamente en numerosas iniciativas tendientes a lograr un acuerdo político que permitiera superar la crisis del país. Una de las iniciativas más importantes que protagonizó fue el Acuerdo Nacional, por el cual la Iglesia logró concertar la mayor parte de los partidos oficialistas y de oposición, en torno a una salida pacífica a la crisis nacional. El Acuerdo constituyó un importante paso de la Iglesia como institución hacia un compromiso más concreto en la pugna por la democracia, marcando un distanciamiento definitivo entre la jerarquía y la dictadura, entre el Cardenal Arzobispo de Santiago y Pinochet.

Durante el plebiscito de 1988, que permitió iniciar el proceso de transición, la Iglesia contribuyó a la creación de las condiciones para la expresión libre del rechazo ciudadano al régimen militar. Por un lado usó su autoridad moral para exigir las garantías mínimas que otorgaran legitimidad al plebiscito permitiendo que la confrontación entre dictadura y democracia se resolviera en términos electorales. Por otra parte, y antes que muchos partidos, promovió las inscripciones en los registros electorales, organizó un vasto plan de educación cívica y montó un sistema de información y control paralelo de los educandos. La acción educativa de la Iglesia permitió combatir con éxito el miedo y el escepticismo que amenazaban a la estrategia opositora.

Posteriormente, a medida que se normalizaba el proceso político y se daba inicio a la transición, la Iglesia disminuyó su presencia pública. Durante las recientes elecciones presidenciales y parlamentarias, la Iglesia optó por una actitud de neutralidad ante las diversas ofertas políticas y abogó por un clima de moderación y respeto.

En estos tres campos de acción, la Iglesia ha jugado un rol de mediación y representación de la sociedad civil frente al Estado autoritario. La misma Iglesia concibió su misión en este período como la de ser "voz de los sin voz". Resultaba inevitable, entonces, que se hiciera parte en la confrontación entre dictadura y democracia, entre Estado autoritario y sociedad civil, dejando de lado la posición de neutralidad a la que siempre ella ha tendido ante el conflicto social. No le fue posible ser neutral frente a la dictadura militar, y la fuerza de los hechos la fue llevando al campo de la oposición.

Ahora bien, la raíz más profunda del conflicto institucional entre la jerarquía católica y los militares, hay que buscarla, al parecer, en el hecho de que un régimen militar, inclinado a asumir el control total de la sociedad, constituía una amenaza para la Iglesia en su rol de garante moral de la nación. Para el régimen militar en sus primeros años, la Iglesia representaba una seria amenaza, pues constituía el único espacio social que escapaba al control militar, y el único capaz de disputarle la hegemonía en el campo político-cultural. El régimen percibía a la Iglesia como inmiscuyéndose en política contingente y encabazando la oposición, lo que sucedería fuera del campo específicamente religioso, tal como lo entendía el régimen.

Esto llevó a una confrontación directa. El régimen realizó operaciones políticas en contra de la Iglesia a través de presiones, amenazas, campañas de prensa y en muchas ocasiones represión directa (expulsión, incendio de capillas, secuestros, allanamientos, etc.). Sin embargo, fue infructuoso su afán de neutralizar la legitimidad y autoridad moral de la Iglesia.

Con todo, la actitud de la Iglesia jerárquica frente al régimen militar era

ambivalente. Por un lado, ella no buscaba la confrontación con el régimen y nunca se sintió cómoda ante esta lejanía del Estado. Por temor a una ruptura total, la Iglesia ejerció una crítica radical sólo de los excesos y atropellos de la dictadura sin llegar a cuestionar de raíz su legitimidad. Su actitud de cautela y moderación la llevó a conceder cierta justificación al golpe militar y otorgar reconocimiento implícito a la institucionalidad surgida de un plebiscito, el de 1980, que no cumplió con las garantías exigidas por los mismos obispos.

Esta actitud se explica, en parte, por su aspiración permanente a ser "ángel tutelar" del Estado y por su rol secular de "unificadora de la nación". Cabe aquí recordar que la Iglesia Católica, desde el fin de la dominación oligárquica no ha renunciado a jugar su rol moral en el Estado, lo que le ha conferido una gran influencia en la sociedad chilena. En 1925 la Conferencia Episcopal se definía de la siguiente manera: "El Estado se separa en Chile de la Iglesia; pero la Iglesia no se separará del Estado y permanecerá pronta a servirlo; a atender el bien del pueblo; a procurar el orden social; a acudir en ayuda de todos sin exceptuar a sus adversarios; en los momentos de angustia en que todos suelen durante las grandes perturbaciones sociales, acordarse de ella y pedirle auxilio".

Sin embargo, el grueso de su discurso y sobre todo de su práctica social se orientó indudablemente en dirección de la democratización de la sociedad chilena. El peso moral de la Iglesia estuvo dirigido a la legitimación de la aspiración democrática. Esto le ha permitido ganar un gran respeto y valoración en la sociedad chilena. Después de estos años, es una de las pocas instituciones del país que cuenta con un alto grado de credibilidad y confianza de la ciudadanía.

## 2. LA REORIENTACION DE LA IGLESIA EN EL UMBRAL DE LA TRANSICION

El umbral de la transición sorprende a la Iglesia Católica chilena en un profundo proceso de redefinición y cambio de orientación que está empezando a generar fuertes tensiones internas.

Desde hace varios años, la Iglesia Católica universal vive un intenso debate por la imposición desde Roma de un cambio de orientación de claro signo conservador. Las nuevas orientaciones tienen como uno de sus objetivos principales modificar la relación de la Iglesia con la sociedad.

En la Iglesia chilena, por diversos motivos, este proceso ha tardado en manifestarse abiertamente. Recién hoy se ha constituido en un tema de debate y conflicto generalizado. Lentamente, las nuevas orientaciones del Vaticano han ido venciendo las resistencias de los sectores progresistas del episcopado, que no pueden hacer nada frente a los continuos mensajes, presiones y, especialmente frente a las designaciones de obispos.

En lo que respecta a la acción pública de la Iglesia en cuanto actor político, este proceso tiene indudables consecuencias. A largo plazo, sin duda, se modificará el papel de la Iglesia en la sociedad chilena, el cual se ha caracterizado por una activa participación en el proceso político. Para Roma la jerarquía católica local tiene un perfil marcadamente político y opositor. Las nuevas orientaciones buscan reforzar la identidad católica doctrinal y extender su influencia moral en la sociedad prescindiendo del campo de acción política.

Por lo que se ha visto en otros países, a largo plazo, estas nuevas

orientaciones romanas terminarán por imponerse aquí también, lo que alterará naturalmente las relaciones futuras de la Iglesia con la sociedad. ¿Cuál será la conducta política de esta jerarquía? ¿Cuál será su papel en el nuevo escenario político?

Resulta difícil dar hoy una respuesta categórica, pues ello dependerá de la forma en que se desarrolle este proceso de ajuste interno, teniendo en cuenta las características del episcopado chileno y el contexto socio-político de los próximos años.

A corto plazo, este proceso de reorientación tiene consecuencias claras.

En primer lugar, los nuevos nombramientos han favorecido al sector más conservador de obispos, modificando la correlación de fuerzas existente hasta hace algunos años. A través de las nuevas nominaciones, el Vaticano ha sido muy explícito en su deseo de cambiar el rostro de la Iglesia chilena, a pesar de la oposición de buena parte de los obispos. La no existencia de lideratos claros y de mayorías estables, ha convertido al episcopado chileno en un órgano de difíciles equilibrios y débiles consensos. Sin embargo, a pesar de su menor presencia, el sector progresista del Episcopado se mantiene con mayor capacidad de conducción y propuesta pastoral, lo que le ha permitido conservar una fuerte influencia en los órganos directivos de la Conferencia Episcopal. La actual composición del Comité Permanente permite prever que en los próximos cuatro años la Iglesia Católica continuará realizando un aporte sustantivo al proceso de transición.

Por otro lado, la influencia de las nuevas orientaciones han comenzado a expresarse en las líneas pastorales de varias diócesis. Muchos obispos consideran concluida su labor en el campo de los derechos humanos, la solidaridad y la reconstrucción del sistema democrático en el país.

Asimismo, se ha ido produciendo el desperfilamiento de las principales opciones pastorales que guiaron la acción de la Iglesia durante el régimen militar. Ello se ha expresado en el cierre de distintos programas de apoyo social y un distanciamiento con las organizaciones populares y partidos políticos, por lo menos a nivel de base. En muchas parroquias y Vicarías comienza a darse un fenómeno de repliegue intraeclesial, hacia un campo de acción exclusivamente "espiritual".

En síntesis, la Iglesia Católica que enfrentará el nuevo escenario democrático, seguirá siendo un factor de gran influencia en la transición y después de ella -aun cuando opte por el repliegue intraeclesial-, con amplias vinculaciones sociales pero también con cierta parálisis debido a sus divisiones internas. En todo caso este proceso de ajuste interno aún no concluye. El nuevo marco de orientaciones no se impondrá fácilmente en la Iglesia, ni significará un giro automático de las líneas pastorales vigentes hasta el día de hoy. Será difícil echar por la borda 25 años de acción pastoral. Sin embargo, este proceso de redefinición deberá tenerse muy en cuenta, porque a largo plazo será decisivo para entender la conducta de la Iglesia en democracia.

La posible imposición del proyecto restaurador agudizará la natural ambigüedad de la Iglesia frente a la democracia. Recordemos que la Iglesia siempre ha tenido cierto recelo frente a la democracia por los procesos de secularización que ésta trae consigo. A la Iglesia no le resulta fácil la democracia moderna por el pluralismo ideológico y religioso que conlleva, que la obliga a ejercer su rol moral y religioso en competencia con otras corrientes de pensamiento (libera-



les, socialistas, protestantes, etc.). Además, es previsible que en democracia se planteen problemáticas sociales extremadamente sensibles para la enseñanza moral de la Iglesia (divorcio, aborto, liberalización sexual, etc.).

Este conjunto de problemas, además del debilitamiento de su influjo en la sociedad, son los que la Iglesia ve llegar con la democracia. Y no cabe duda que usará todo su peso moral para oponerse abiertamente a las soluciones que impliquen la liberalización moral de la sociedad.

### 3. EL CRISTIANISMO DE BASE FRENTE A LA TRANSICION

Hasta aquí hemos analizado la acción socio-política de la Iglesia, en términos generales, sin diferenciar sus diversas corrientes y sectores. La Iglesia Católica en Chile se ha ido transformando cada vez más en una Iglesia de corrientes. Resulta difícil hablar de la Iglesia en general, pues en el mismo marco institucional co-existen corrientes y tendencias muy diferentes.

El cristianismo liberador es una de las corrientes con mayor perfil y desarrollo, que ha tenido una activa presencia en los sectores populares durante la dictadura. Esta corriente se ha desarrollado con fuerza desde los años 70, principalmente con el surgimiento de una amplia red de comunidades de base y ha logrado expresar a importantes ambientes populares. Su opción liberadora ha llevado a esta corriente a un compromiso muy firme en la defensa de los derechos humanos, la práctica solidaria y la opción por los pobres. Sus intereses y motivaciones más profundas se centran simultáneamente en la Iglesia y en la Sociedad: ella aspira al cambio social (como superación del capitalismo) y a la reforma de la Iglesia.

Durante todos estos años, la Iglesia liberadora ha jugado un papel fundamental en la rearticulación del tejido social en las poblaciones y ha sido un significativo espacio de resistencia y oposición política a la dictadura. A través de sus expresiones simbólicas y religiosas, ha realizado una constante denuncia profética del régimen militar, y ha animado la esperanza y lucha de los sectores populares.

Una de las notas que caracterizó el perfil más político de esta corriente se manifestó a propósito del Plebiscito, cuando la Coordinadora de Comunidades Cristianas Populares en su documento de mayo de 1988 señalaba que: "como cristianos debemos participar responsablemente en el Plebiscito, con la voluntad de terminar de una vez por todas con este régimen. Pero, al mismo tiempo, sabiendo que no se solucionan todos los problemas; sabiendo que es el comienzo de un largo camino. (...) Es cierto que el Plebiscito responde al itinerario o plan de gobierno. Pero es un plan que fue pensado en otro momento y que en las circunstancias de hoy se vuelve contra el gobierno. Por eso no pensamos que sea hacerle el juego a la dictadura participar en él".

Esta actitud frente al plebiscito revela la postura de fondo respecto a la transición que tiene esta corriente de Iglesia: postura de madurez, realismo, consciente de las dificultades y de lo largo del camino, en el que no caben actitudes dogmáticas.

Sin embargo, en esta corriente también existen dificultades para asumir y valorar la democracia. Un gran sector de cristianos del mundo popular o cercanos a él, aun cuando hayan desarrollado una práctica muy rica de democracia en la base, no han reflexionado en profundidad sobre ella. Todavía

no se ha tomado suficiente conciencia que la opción por los pobres implica una orientación política profundamente democrática, participativa, democratización de la sociedad y de la economía. Las orientaciones que se han dado en torno a la "liberación" -radical e inmediata- aunque inspiradoras resultan genéricas para actuar en lo concreto. Esto explica el recelo que existe en ciertos círculos cristianos frente a la acción política instrumental y la tensión permanente entre ética y política a que se ven enfrentados.

Ahora bien, ¿cómo se comportará este actor en el proceso de transición a la democracia? No es fácil contestar esta inquietud pero se puede prever que aún sabiendo que se trata de una frágil y limitada transición a la democracia, la Iglesia liberadora se ha comprometido a afirmarla y valorarla decididamente. Esta corriente de Iglesia percibe la urgencia de la recuperación democrática pues es el mejor ámbito para plantear las demandas sociales y obtener respuesta.

Pero, por otra parte, esta corriente percibe las negociaciones y los acuerdos necesarios en todo proceso de transición como muy lejanos de los problemas reales de los pobres. Esto permite vislumbrar que su actitud frente a la transición es de reserva, especialmente por el costo que significa la impunidad de quienes han violado los derechos humanos, (como en otros países de América Latina) así como por la duda sobre la salida real de los militares del poder. Pesa en este recelo por último, la duda acerca de las perspectivas reales de poner en práctica cambios sociales que apuntes a la superación del capitalismo.

#### 4. EL PAPEL DE LA IGLESIA EN EL PROXIMO GOBIERNO DEMOCRATICO

Como ya hemos analizado, la Iglesia Católica va a seguir jugando un importante rol en la sociedad chilena, tanto por la magnitud de los desafíos que tendrá que enfrentar la transición, como por la credibilidad y confianza con que goza la institución en el país.

Aunque esté enfrentando un proceso de redefinición interna, su actual representación episcopal puede garantizar que seguirá realizando un aporte sustantivo al proceso de transición. Por su parte, la Iglesia de base aunque cada vez más arrinconada por las presiones conservadoras, continuará aportando a la democratización en los sectores populares. Sin embargo, su solidaridad básica con la democracia no impedirá su función también de crítica profética.

Es innegable que la Iglesia no puede considerar concluido su rol ético-político en este nuevo período que se inicia. La particular transición chilena va a ser muy difícil y compleja; estará continuamente amenazada por intentos desestabilizadores desde las reservas de poder del antiguo régimen. Pero también estará amenazada por los estallidos sociales producto de demandas largamente reprimidas y postergadas.

La consolidación de una transición sin crisis va exigir de una palabra orientadora y de gestos significativos por parte de los obispos, quienes hasta ahora conservan una gran autoridad. Su palabra será importante, especialmente frente al miedo y la desesperanza que provoquen los obstáculos que inevitablemente enfrentará el nuevo gobierno democrático.

Igualmente importante será la participación constructiva de la Iglesia de base en dicho proceso. A pesar de los conflictos internos a que se va a ver sometida esta corriente en la Iglesia, ella seguirá desarrollando e impulsando el



trabajo solidario en los sectores populares. Su acompañamiento a los movimientos sociales populares puede ayudar a consolidar los procesos de democratización en la base. Sería un grave error si la Iglesia en su conjunto no valorara este aspecto de su labor en los próximos cuatro años.

El gobierno democrático deberá sortear numerosas amenazas y tareas, pero en tres de éstas sólo tendrá éxito si cuenta con la activa colaboración de las iglesias y en particular de la Iglesia Católica. Estas son:

a) *Verdad y Justicia*

Las profundas heridas provocadas por la violación de los derechos humanos se mantendrán abiertas y amenazarán la convivencia democrática si la sociedad toda no asume el compromiso de establecer la verdad y exigir justicia frente a los delitos cometidos. En este sentido la Iglesia puede ayudar a generar el clima adecuado, que permita efectivamente saldar esta deuda moral con firmeza y, a la vez, con espíritu de reconciliación. El país no podrá reencontrarse con su identidad si no supera efectivamente este drama histórico.

b) *La organización social*

La Iglesia, especialmente en los sectores populares, deberá continuar su enorme tarea de apoyo a la promoción de la organización de los pobladores, trabajadores y sectores marginalizados. La Iglesia, mucho antes que los partidos políticos, colaboró en la rearticulación del tejido social, haciendo posible las movilizaciones sociales y la concertación política que contribuyeron a la crisis de la dictadura. De este modo, fortaleciendo a la sociedad civil la Iglesia contribuirá a hacer irreversible el proceso democrático y ampliará la participación política hacia el resto de la sociedad.

c) *Un pacto ético nacional*

No se podrá recuperar un país dividido como el nuestro si no se impulsa y garantiza un pacto ético-político fundacional del régimen democrático que involucre a las principales fuerzas sociales y culturales del país. Sabemos que para reconstruir la democracia y garantizar la estabilidad política no basta el mero acuerdo político ni las negociaciones entre los diferentes actores. Se requiere que éstos estén basados en un compromiso ético fundamental con los valores del régimen democrático y el respeto a los derechos humanos. La fuerza moral de la Iglesia es la única capaz de convocar y comprometer a toda la nación en este sentido.

Pero más allá de estas tareas y desafíos, la Iglesia deberá continuar ejerciendo su rol profético de crítica a las estructuras socio-económicas que provocan millones de pobres y excluidos, pues esto constituye la peor amenaza a la estabilidad democrática. Su voz debe favorecer la búsqueda por consolidar la transición política a través de la democratización de las estructuras socio-económicas y culturales del país. En este sentido, el desafío es como no contraponer, sino más bien complementar democracia política con democratización social.